

XVI RECAPITULACIÓN FINAL

El español estadounidense y la nación cultural global

Gonzalo Navajas

Hoy... ¿y mañana?

Humberto López Morales

El español estadounidense y la nación cultural global

Gonzalo Navajas

La identidad de la lengua

El hecho de la lengua ha recibido numerosas interpretaciones contrapuestas a lo largo de la historia intelectual. La lengua ha sido concebida simultáneamente como agente determinante de la unidad y de las diferencias sociales; como factor de integración y de división cultural y humana; o como instrumento de la afirmación de la libertad del individuo y la colectividad y de su sojuzgamiento. Para la orientación tipificada por Ernest Renan (1882: 27), la lengua es un factor de unificación cultural que contribuye a la cohesión de la nación y permite la emergencia de las grandes empresas culturales modernas adscritas al concepto de imperio político y cultural. La Francia posnapoleónica y de ambiciones políticas universales es un ejemplo. De modo contrario, para Homi Bhabha (1990: 19 y 317), la lengua es un agente determinante de la opresión de una cultura hegemónica sobre otras. El caso de la India dentro del imperio británico es un caso ilustrativo.

La lengua vehicula la creación de grandes narraciones históricas que asumen el papel dominador sobre otras culturas percibidas como subalternas y subsidiarias. Cohesión y unidad frente a diferencialidad y pluralidad son los presupuestos teóricos capitales sobre los que se asienta la discusión sobre el lenguaje. Y esos principios afectan también la consideración del español dentro de los parámetros culturales estadounidenses.

La inserción del español dentro del vasto y complejo entramado cultural de los Estados Unidos es una prueba determinante del modo en que el lenguaje es más que un componente de la comunicación humana. Es, sobre todo, un fenómeno social de dimensiones decisivas en el discurso cultural. El español en los Estados Unidos no se identifica con la nación, no crea y hace nación, ya que existe otra lengua, el inglés, que es la que ocupa ese lugar y función. No se identifica con una posición hegemónica —es solo una segunda lengua— y al mismo tiempo no es simplemente el receptor pasivo de un proceso de dominación o de exclusión cultural. A diferencia de las otras numerosas lenguas que, por la vía de la inmigración, se hablan en el país —desde el vietnamita, el coreano y el chino al portugués o al ruso—, el español reúne dos características distintivas que lo convierten en una excepción o fenómeno peculiar dentro del marco cultural estadounidense: en primer lugar, es una lengua hablada de manera habitual por unos cuarenta millones de personas procedentes de todos los países de habla hispana, aunque en su mayoría esos hablantes son de Hispanoamérica, particularmente de México.

Además, de modo diferente a otros idiomas de los Estados Unidos, el español es una lengua de implantación originaria y que, en amplias zonas del suroeste del país, precedió durante siglos al inglés como lengua predominante. Amparado en la historia y en la demografía, el español se ha ido convirtiendo gradualmente en ese país en una lengua paralela al inglés, una segunda vía comunicativa y cultural cuya fuerza y poder social, popular, mediático e incluso político es creciente. Ese paralelismo se ha producido no de manera deliberada y sistemática, porque no han existido unas estructuras organizadas que asumieran el papel de agentes de afirmación y promoción de la lengua. Ha ocurrido más bien en un proceso espontáneo a partir de la inserción masiva de diversos grupos de inmigración que han convertido al español en una lengua de ámbito nacional, que es usada de manera predominante e incluso casi exclusiva en numerosos sectores de la sociedad americana.

En California en particular y, sobre todo, en el corredor que conecta la amplia zona metropolitana de Los Ángeles y San Diego con Tijuana, en México, el español ocupa un papel central. Ello no equivale a afirmar que va a desplazar al inglés en esa y otras zonas similares del país, en Arizona, Nuevo México o Texas, sino que ha perdido el carácter de lengua extranjera para adquirir una naturaleza singular de lengua alternativa, una opción no secundaria y pasajera, sino un hecho social y cultural de proporciones mayores. A través de una dinámica vertical que ha operado de abajo hacia arriba, desde los hablantes anónimos en la interacción cotidiana hacia los medios de comunicación y la actividad política y cultural, el español se ha implantado, en primer lugar, porque es una realidad humana y demográfica inequívoca, que está destinada a seguir expansionándose en el futuro. Además, porque, a diferencia de los grupos venidos de otros continentes, la proximidad de los Estados Unidos con México y, más allá de México, con otros países de Hispanoamérica hace que, entre estos y la América hispánica, exista una continuidad física y geográfica que determina y define la naturaleza de sus relaciones lingüísticas y culturales. El mexicano que vive en California o en Texas es consciente de que esos estados americanos son una prolongación de su tierra mexicana que las circunstancias históricas han separado con fronteras que pueden ser consideradas como cuestionables. No es posible afirmar lo mismo de otros grupos inmigrados a los Estados Unidos para los que la separación geográfica ha supuesto un abandono de los orígenes o un extrañamiento con relación a ellos.

Como estudia Néstor García Canclini (1999), el paso fronterizo entre Tijuana y la zona metropolitana de San Diego es una separación, una barrera obstaculizante y divisoria, pero es, sobre todo, una incitación a la ruptura de esa separación impuesta por los agentes de la política que la realidad social y cultural desmiente (p. 35). Al mismo tiempo, a través de otro movimiento de presión vertical revertida que, iniciándose en el medio académico, ha operado de arriba hacia abajo, la ruptura de las fronteras físicas se ha visto acompañada por la transgresión de fronteras culturales, que se erigen a partir de parámetros no físicos sino intelectuales y psíquicos: el español se ha convertido en la lengua y la cultura preferente en el ámbito académico. No es ya solo la lengua de los trabajadores del campo y la construcción, sino también del medio universitario.

En la universidad, el español ha desplazado de manera abrumadora a todas las otras lenguas elegidas por los estudiantes como parte de sus programas de estudios. Estudiar español se ha transformado en un hecho habitual, lo que hace la gran mayoría de estudiantes como un acto natural y casi previsible a la hora de elegir el estudio de lenguas diferentes del inglés. El francés, el alemán o el italiano han perdido el impacto que tuvieron en épocas previas y se han convertido en lenguas secundarias frente a la emergencia del español (y en un número mucho menor algunas lenguas orientales, como el coreano o el chino). La fuerza demográfica, además de la fuerza académica del español, es uno de los hechos más notables de la evolución cultural de los Estados Unidos en las últimas tres décadas. A partir de la irradiación internacional de la cultura de los Estados Unidos, las consecuencias de esta eclosión en el resto del mundo pueden ser considerables y deben tener ramificaciones múltiples para el posicionamiento de la cultura hispana en el contexto internacional.

El español se ha beneficiado, además, de un cambio en la conciencia cultural americana en la que se ha debilitado el concepto tradicional de la unidad sobre la diferencia y ha sido desplazado por otro fundamentado en una mayor tolerancia de la diferencia sin necesidad de que esa diferencia sea reducida a una unidad absorbente y omnicomprensiva. El *pensiero debole* o pensamiento minimizado que, según Vattimo (1983: 28) y Lipovetsky (2004: 33), produce la disolución de las grandes ideologías decimonónicas que devastaron la historia del siglo XX hasta casi su destrucción ha sido acompañado por la emergencia de la *nazione debole*, una versión de la nación determinada por el nuevo modelo de la economía y la comunicación globales.

Por ello, el modelo social americano del *melting pot*, que produce la fusión de las diferencias en un crisol unificante, se ha visto reemplazado por una multiplicidad de opciones nacionales y culturales que pueden convivir entre sí sin necesidad de absorber a las demás. Esa es la razón de que, en la nueva sociedad americana global, sea más fácil mantenerse fiel a una identidad personal, con una lengua y un repertorio cultural propios, de lo que lo fue en las grandes inmigraciones del pasado en las que el olvido y la supresión de la lengua y la cultura originarias eran el testimonio del compromiso irrevocable con la nación de adopción. Además, para el trabajador mexicano o salvadoreño, el retorno al país abandonado es más asequible de lo que lo fue para el inmigrante sueco, alemán, italiano o polaco, que sabía que, al abordar el barco que había de llevarlo al centro de procesamiento migratorio de Ellis Island en Nueva York, ya no regresaría probablemente jamás a su lugar de origen.

¿Qué es, por tanto, el español estadounidense? ¿Cuál es la naturaleza definitoria de una lengua a la que no van adscritos los atributos habituales de la nación o de la administración de los asuntos convencionales de la sociedad? ¿Cuál es el estatus de esa lengua que, aun siendo minoritaria dentro del conglomerado político y social de los Estados Unidos, ha dejado progresivamente de ser tangencial para ir adquiriendo, de modo cada vez más patente, la calidad de vehículo social y cultural paralelo al de la cultura predominante en inglés?

El español norteamericano no puede ni aspira a cuestionar nunca el papel primordial y preferente del inglés. La supuesta interferencia y rivalidad del español con relación al inglés es tan solo una estrategia útil para la agenda de los segmentos más defensivos e intolerantes de una sociedad fundada, por definición, en la aceptación de la diferencia étnica, lingüística y de origen nacional. Esa diferencia se inserta, además, dentro de una entidad constituida por la agregación, en principio igualitaria, de sus componentes diversos en lugar de la negación y la supresión de unos en favor de otros teóricamente superiores y dominantes.

Las diversas propuestas políticas que han pretendido limitar las opciones del español no han obtenido más que un éxito parcial. La aparente amenaza del español a la unidad de la sociedad americana no se ha materializado en una realidad concreta. Ello es así porque el español no va adscrito a un proyecto político específico. Es, más bien, un distintivo sémico inequívocamente visible que da identidad a una amplia comunidad integrada por individuos de orígenes nacionales, sociales y económicos muy diversos y que está situada en un contexto que no le es automáticamente receptivo. La lengua, en este caso, adquiere dimensiones más abarcadoras de las que le son propias habitualmente. Se constituye en un macrocontexto o ámbito cultural que es excepcionalmente comprensivo porque carece de fronteras determinadas y su naturaleza es indeterminada y flexible, en perpetuo estado de definición. De ese modo, el español norteamericano emerge como una 'patria' o 'nación cultural', que, aun siendo abstracta y sin una referencialidad objetiva específica, produce unos vínculos poderosos entre aquellos que la constituyen. Porque esa nación cultural no va asociada con los signos convencionales de la nación —una bandera, un pasaporte, un himno— puede operar con mayor ductilidad y versatilidad que si estuviera sometida a las reglas y las leyes de las naciones convencionales.

El español norteamericano no produce identificación con una historia nacional específica porque su historia no es solo la historia de los Estados Unidos. Sus referentes más genuinos son la escritura, la cultura audiovisual, el cine, la música o la canción en español que todos los miembros de esa comunidad pueden compartir por igual por encima de sus orígenes nacionales particulares. De ese modo, la lengua opera metonímica y junguianamente a modo de un subconsciente compartido que, de modo latente, conecta las conciencias y las actividades de los miembros que constituyen la colectividad cultural hispana. Más de veinte naciones constituyen geográfica y políticamente esa comunidad, pero culturalmente todas ellas se integran dentro de un entorno que acoge dentro de sí las aspiraciones y la

realidad humana de cuatrocientos millones de seres humanos. Lo que es característico del español norteamericano es que incluye a ciudadanos procedentes de todos los países de la comunidad hispánica internacional sin que ninguno de ellos se arrogue un papel preferente o dominante. Lo que los une no es una historia política común sino una trayectoria cultural presente y crecientemente futura a partir de un vínculo lingüístico compartido.

Podría argüirse que establecerse estrictamente en el área cultural es condenarse a la marginación frente a las fuerzas mayores del poder político y económico. Los órganos decisorios del poder no se hallan en la música, los libros o el cine, que en última instancia son dispensables frente a los programas económicos y sociales que emanan de los centros del poder político. La cultura puede ser obviada, además, en los medios de comunicación especialmente cuando adopta una función crítica o divergente del statu quo dominante. Ello, en parte, ha ocurrido así. El *mainstream* norteamericano ha tendido a ignorar la cultura en español no solo porque se vehicula en una lengua extranjera potencialmente cuestionadora de la supremacía del inglés, sino, sobre todo, porque la cultura hispánica puede percibirse como posiblemente desestabilizadora de los parámetros vigentes de la sociedad americana. Esa marginación, no obstante, es cada vez más difícil, sobre todo, porque la presión económica del español es creciente. Si no más, el mercado hispano es de progresiva relevancia para los planes de la industria y las corporaciones de consumo, que son conscientes de que el medio lingüístico es imprescindible para promover sus productos en el mercado.

Es cierto que el sistema político y social americano no va a hacer más que aquellas concesiones que juzgue compatibles con la protección de su naturaleza e intereses. Al mismo tiempo, ese mismo sistema es lo suficientemente pragmático como para no incurrir en el error de la obstaculización de una lengua y culturas que son una forma de penetración de un sector de la economía americana que es extenso y dinámico y se halla en continuo proceso de expansión. El constante incremento de la relevancia social y cultural de la minoría hispana y el aumento de su nivel educativo y adquisitivo así como de su influencia política deben producir una progresiva potenciación de su inserción en los círculos más próximos a los centros de decisión del país. No obstante, el proceso no será automático y sin resistencia y oposición, y requerirá el aumento de la participación cívica activa de todos los integrantes de la comunidad hispana.

Un hecho parece innegablemente cierto. La comunidad hispana es la primera y tal vez la única minoría inmigratoria que mantiene su lengua y su cultura de manera prioritaria, poniendo en entredicho el principio de absorción dentro del *mainstream* cultural que ha caracterizado tradicionalmente la inmigración a los Estados Unidos. El acceso pleno a esa sociedad ha ocurrido tradicionalmente solo después de satisfacer el elevado precio de la pérdida o debilitamiento de las marcas de identidad originales. La excepcionalidad hispánica se ampara en el hecho de que la aserción del emblema distintivo propio no se ha producido como un enfrentamiento directo a la cultura en inglés sino como un complemento paralelo suyo, un diálogo entre dos modos culturales que no tienen que concebirse como opuestos e incompatibles —en una relación de conflictividad— sino como propuestas diferenciadas de civilización cultural. Esta es una versión de la civilización que se concibe como la respuesta al reto de un medio con el que una colectividad se enfrenta. Habermas, Said, Ortega y Gasset y Toynbee, dentro del repertorio teórico y filosófico, son algunos de los soportes de este concepto, mientras que autores como Carlos Fuentes, Juan Goytisolo o Pedro Almodóvar lo son en el creativo (Habermas, 2001: 152).

La lengua como civilización

En el caso del español en los Estados Unidos, la lengua aparece, por tanto, como un modo de diferenciación cultural que define y configura un modo concreto de conducta con rela-

ción a unas circunstancias específicas. Las aportaciones centrales de la civilización hispana en los Estados Unidos se producen dentro de una *Weltanschauung* que prima las relaciones comunitarias tanto o más que las individuales y valora el contenido emotivo y afectivo de esas relaciones como más determinante que las motivaciones escuetamente racionales. Dentro de esa cosmovisión, la fuerza de lo local y primordialmente original predomina por encima de las construcciones abstractamente sistemáticas y comprensivas. Frente a la impersonalidad e indefinición del vasto repertorio social americano, el español confiere una identidad específica y clara al mismo tiempo que maleable de acuerdo con las formas de identidad de la cambiante y diversificada cultura contemporánea.

Es preciso, además, hacer otra consideración en torno a lo que Harold Bloom (1994) caracteriza como la formación de los órdenes culturales canónicos. Frente a la estructura clásica de la cultura —la *Kultur* académica que privilegia los textos y los autores del repertorio occidental tradicional organizados en Bloom en torno a Shakespeare, Dante y Cervantes—, la cultura hispana, tanto en su versión hispanoamericana como en la peninsular, es particularmente adepta a la hibridez de formas (p. 517). La fusión de los textos de la alta cultura y la cultura popular se produce en ella de modo natural y casi automático. Ese modo cultural que combina la profundidad conceptual y espiritual de Borges, Octavio Paz y Roberto Bolaño con la vitalidad existencial de Pedro Almodóvar, Gael García Bernal y Chavela Vargas (entre otros referentes) es especialmente compatible con la interconectividad de formas y géneros que la revolución de la comunicación global ha producido.

Frente a esa revolución pueden adoptarse posiciones defensivas, como la del propio Bloom (1994), que la percibe como una amenaza para el patrimonio occidental edificado sobre la primacía de la cultura literaria clásica. En esa visión, la continuidad de la cadena histórica es determinante: el presente está condicionado por los elementos del pasado cultural. La cultura en español en los Estados Unidos, con su permeabilidad hacia el inglés y otras lenguas y la penetración de lo popular dentro de lo canónico, diverge de esa versión lineal y jerárquica de la historia elaborada en torno a visiones ontologizadas de la nación, la lengua y la cultura. Puede servir, además, de modelo para la definición de la cultura de la comunicación posnacional que nos caracteriza.

La significación de las vías populares de la cultura es especialmente notable en la cultura hispana norteamericana porque un componente mayoritario de la población hispana en el país procede de capas sociales que no han podido beneficiarse de la experiencia de una educación formal. No obstante, la función de la universidad en la creciente relevancia cultural del español es indisputable. Los grandes *media*, las cadenas de televisión en particular, son el vehículo para la proyección de los componentes de la cultura popular, desde los programas de entretenimiento a la canción popular. Por su parte, los departamentos de español en las universidades cumplen la función del análisis y promoción de formas culturales más elaboradas y selectivas. Ambas formas son necesarias y, a pesar de sus diferencias aparentes, ambas son complementarias y se necesitan mutuamente para existir de manera plena. El posible menosprecio de la una hacia la otra —con recriminaciones de elitismo dirigidas a la cultura académica o de vulgaridad en contra de la cultura de masas— va adscrito a la supravaloración de la cultura literaria propia del modelo cultural del modernismo europeo del que Eugenio D'Ors, Ortega y Gasset y T. S. Eliot son modelos arquetípicos. La condición cultural del siglo XXI no acepta ya esas taxonomías infranqueables.

Es cierto que los departamentos de español han estado asociados estrechamente con un paradigma de la cultura supeditado a la literatura y la vía literaria. Las razones son varias. La más aparente es que los fundadores y primeros promotores de estos departamentos procedían de la literatura y la filología. En el caso de las figuras del exilio y la expatriación peninsular e hispanoamericana, como Ángel del Río, José Rubia Barcia y Enrique Anderson Imbert, la organización de un departamento en torno a períodos y figuras literarias sirvió

para edificar y organizar una estructura cultural homogénea equiparable a la de los departamentos de inglés. De acuerdo con esos parámetros, el teatro isabelino y el romanticismo ingleses se correspondían claramente con movimientos similares en el caso español. El *modernism* angloamericano pudo ser asimilado así al modernismo hispano por encima de sus divergencias flagrantes.

Ese modelo, eficaz y útil durante largo tiempo, ha perdido su vigencia a causa de la explosión, en los Estados Unidos y en el mundo en general, de la comunicación global e instantánea y la incesante movilidad demográfica propias del siglo XXI. Los caminos de la cultura no pueden estructurarse ya solo en torno a la palabra escrita y, en el caso concreto de los Estados Unidos, los departamentos deben responder a la multiplicidad y diversidad de opciones culturales que el medio hispano genera. Esa es la razón de que los departamentos más avanzados y especialmente adeptos a la condición contemporánea hayan incluido en sus programas el medio visual y artístico: el cine en particular ha pasado a formar parte de algunos programas y es un elemento íntegro de ellos. Los departamentos de español son los instrumentos más apropiados para la estructuración y evaluación crítica de la cultura. Esa función será tanto más eficaz cuanto más responda a la realidad sociológica y cultural del amplísimo mundo hispánico tanto en el espacio norteamericano como en el internacional.

Sin embargo, en algunos casos, las ramificaciones de este cambio de orientación no han sido favorables ya que la potenciación del presente se ha producido en detrimento del posicionamiento histórico. De ese modo, el estudio del pasado y la cultura clásica ha disminuido. Los estudios medievales y clásicos han sufrido como consecuencia de esta reestructuración de los programas a partir del presente e incluso su existencia puede llegar a verse amenazada. El mantenimiento del equilibrio entre la concentración en la actualidad y la conexión con el pasado es uno de los retos intelectuales y administrativos que la cultura hispana en los Estados Unidos tiene que abordar y tratar con imaginación en el futuro.

La transnación de la cultura hispánica

El rasgo más intrínsecamente definitorio del siglo XXI es la interconectividad lingüística y cultural y la minimización de las fronteras y divisiones convencionales. Al mismo tiempo, la cultura global no ha producido la disolución de las diferencias y el sometimiento de la diversidad cultural a una sola vía o modelo, una especie de supercultura a la que todas las demás quedarían subordinadas. En lugar de esa uniformidad, ha ocurrido la emergencia de grandes zonas culturales o formaciones transnacionales de civilización. Uno de esos grandes segmentos o zonas es la cultura hispana. El español norteamericano cobra fuerza y sentido no como un hecho espacial y geográficamente aislado sino como un componente dentro de ese paradigma inclusivo. ¿Cuál es su naturaleza específica dentro de él?

La fusión multicultural y multinacional y la heterogeneidad lingüística son el modo que define esa realidad. El español de Norteamérica se caracteriza por una orientación doble: por una parte, opera dentro de la comunidad hispánica y con relación al modo en que el español se habla y escribe en los otros países de habla española. La intensa interacción con la literatura, el cine y la música de esos países es una ilustración de esta característica. Mantiene, además, una relación fecunda con el paradigma del archivo cultural en español y en especial con los grandes textos de la literatura del pasado. Esa vinculación se revela, por ejemplo, de manera más activa en el trabajo de los numerosos departamentos de español de la extensa red de universidades que existen en el país.

La otra orientación se concentra en las interconexiones con el inglés. Esta es una relación desigual ya que el español recibe aportaciones lingüísticas y culturales del inglés en mayor cuantía y con mayor intensidad de las que se producen en sentido contrario desde el espa-

ñol hacia el inglés. No es esta, no obstante, la única modalidad de la interacción entre las dos lenguas. Hay un nutrido grupo de autores que producen sus obras en inglés o en español o en una combinación de ambas lenguas y que manifiestan la interconexión con la otra cultura de referencia a través de una contextualización temática de sus obras que incorpora la biculturalidad. Los textos de Sandra Cisneros, Ana Castillo o Gary Soto y *la Antología de escritores españoles en Estados Unidos*, editada por Gerardo Piña Rosales, son algunos ejemplos.

Un espacio emblemático que recoge la fluidez y la versatilidad de las relaciones entre las dos grandes culturas mayoritarias de los Estados Unidos lo provee el corredor espacial y humano existente entre Los Ángeles y Tijuana. Como ha indicado García Canclini (1999), ese punto fronterizo, conflictivo y caótico en parte, revela flagrantemente los múltiples signos de desigualdad y abuso que sufre la comunidad hispana en el país. El español se identifica en este caso con indigencia y persecución y con la opresión de una cultura sobre otra. Al mismo tiempo, los ininterrumpidos contactos y conexiones que se revelan a lo largo de ese corredor de unos trescientos kilómetros de longitud entre las ciudades de Los Ángeles y Tijuana y sus aledaños son una prueba de que las fronteras dividen y separan, pero en este caso son también el punto de tránsito y comunicación entre dos modos culturales que, aunque diferentes, no son en absoluto incompatibles y están destinados a la mutua interacción.

En ese corredor, el español no es una manifestación lingüística y cultural ocasional y dispensable. Forma parte íntegra y constante de la sociedad en el comercio, las escuelas y los medios de comunicación. En Los Ángeles, San Diego, Santa Ana o San Juan Capistrano, el español y lo hispánico definen de manera decisiva la naturaleza humana y cultural de esos centros urbanos. Se ha desarrollado así un modelo de vías culturales paralelas que conviven manteniendo sus diferencias al mismo tiempo que se vivifican mutuamente. El español es la *lingua franca* de millones de seres humanos en una de las zonas más dinámicas de la sociedad americana. Esta realidad puede aplicarse a otras situaciones biculturales y bilingües similares en Texas, Arizona o la Florida. No hay duda de que esas situaciones están sometidas a innumerables presiones y fricciones, pero al mismo tiempo contribuyen a dinamizar y dar complejidad a la realidad cultural.

Conclusión. El español norteamericano no es un espejismo

La posición más fácil y expeditiva con relación al español de los Estados Unidos es ceder a la presión del contexto en que la lengua aparece ubicada. Esa ha sido tradicionalmente la realidad de las otras lenguas de las diversas olas de inmigración que han integrado la historia americana. Les ocurrió así al alemán, el polaco y el italiano, cuya presencia actual en la historia cultural del país es muy secundaria y ha quedado reducida a algunos reductos académicos y publicaciones periódicas de alcance muy limitado. Siguiendo ese modelo, el español podría aparecer como una visión aparencial y efímera destinada a disolverse ante la invasión de la cultura dominante. A lo más, estaría destinado al *ghetto*, es decir, una existencia parca y tangencial, un espacio del que sus habitantes esperan huir lo antes posible porque carece de todo atractivo para ellos.

El español norteamericano, no obstante, no es una ficción ni se identifica con la figura del *ghetto* para autodefinirse y caracterizarse. Su presente y su historia no lo permiten así. La población hispana es demasiado extensa como para ignorarla y condenarla a la eventual desaparición de su lengua y cultura o la experiencia castradora del *ghetto* perpetuo. Un *ghetto* que puede ser físico y realizarse en los barrios de las grandes ciudades del país, desde Nueva York a Chicago o Los Ángeles. O un *ghetto* que, interiorizado en la conciencia individual y colectiva, condiciona la imagen y la propia visión de los hispanos en el país.

Frente a este concepto del español de los Estados Unidos, emerge otro que afirma las características específicas de esta lengua y sistema cultural, diversos y universales a la vez, que constituyen una de las formaciones culturales más vitales y amplias con que insertarse dentro del marco de impersonalidad e indefinición de la sociedad y cultura globales que definen el siglo XXI. Un doble componente define, por tanto, al español de Norteamérica: forma parte activa de la transnación cultural hispana, a la que hace aportaciones fundadas en su especificidad y características concretas. Al mismo tiempo, procura un vehículo no solo de comunicación, sino también de identidad y de apoyo cultural a la vasta y creciente comunidad hispana dentro de un país inmenso que extiende su influencia sobre el resto del mundo. Son esa inmensidad e influencia las que permiten afirmar que el desarrollo del español y el hispanismo en los Estados Unidos tendrán una importancia capital y creciente para el destino de la lengua española en el nuevo mundo global.